

general que á su vez lo derriba, hace también la historia de la administración criminal, y así sucesivamente; de modo que reuniendo los manifiestos á la nación de todos los caudillos triunfantes, se obtiene una historia nacional muy distinta de la historia que escriben los caudillos mientras reinan. » (*Porv.* p. 195).

CAPÍTULO XVI.

El talento de Juárez apreciado por Justo Sierra, Manuel Rivera, José María Iglesias é Ignacio Ramírez. — Pertenece á otros la gloria que se le atribuye. — Duras apreciaciones de « El Correo de México, » Altamirano, Ireneo Paz, Manuel Márquez de León y Francisco Cosmes. — La pequeñez de Juárez.

LAS alabanzas exageradas de que ha sido objeto Juárez por parte de la bandería liberal, han sido causa de que se haya producido una reacción encaminada á examinar más detenidamente los títulos que tiene Juárez á la admiración pública. Como era de sospecharse, este examen ha venido á demostrar que « en ningún país del mundo abundan tanto como entre nosotros, esos grandes hombres supuestos, verdaderas nulidades ó medianías á quienes, dice Cosmes, concedemos fácilmente patentes de talento. » (t. 22. p. 362).

« Juárez no era una intelectualidad notable; bien inferior á sus dos principales colaboradores, á Ocampo y á Miguel Lerdo de Tejada. » (*Ev.* p. 258). « Ni su erudición, ni su inteligencia eran de primer orden, » escribe José María Iglesias. Según otro escritor liberal, era Juárez un abogado adocenado que « dedicó toda su atención á la política, porque en cuanto á negocios de foro, fué siempre poco afortunado, » (*Riv.*) si se considera que « no tenía dotes para hablar en público, » (*Rev.* p. 156)¹ ni sabía tomar en momentos críticos una determinación oportuna.

¹ Al « C. Juan Sánchez, » autor de unas ocho páginas pomposamente tituladas: *Vida Literaria del Benemérito de las Américas*, dedicamos estos nuevos datos acerca de la literatura de su héroe para que pueda aprovecharlos en la próxima edición de su obrilla. Están sacados de una recopilación (*Misc.*) de los discursos, cartas, manifiestos y demás bambolla que se atribuyen á Juárez y que Ángel Pola confió á los tórculos y exornó de un retumbante prólogo. Dicen así: El mortal que el cielo destinó, p. 2. Veneración que á solo á Dios es debida, p. 8. *Enmontado*, p. 127. *Amonedación*, p. 139. Ha placido cambiar la administración, p. 173. Apoyar las *determinarias*, p. 182. Honrar á la memoria, p. 217. Hasta *el en que*, p. 237. El *felice* día, p. 239. *Inóvita*, p. 343. *Funestidad*, p. 349.

La siguiente sarta de barbarismos son cuentas de otro rosario, es decir, del opusculillo *Honor á Juárez*, que es de temer nunca merecerán á su autor

En páginas anteriores algo se dijo de su pereza intelectual. Miguel Lerdo de Tejada, atestiguado por Ocampo, lo calificó de apático, débil é ininteligente. El órgano de Juan 'Alvarez, *La Estrella del Sur* (6 y 14 sept. 1859) lo graduó de apático é inepto, diciendo, bajo la pluma de Altamirano: « Juárez sabe esperar sin padecer, no sabe obrar sacrificándose; no es el hombre de la revolución, sino el de la contrarrevolución. » *El Club Veracruzano* (20 mayo 1861), periódico de Veracruz, lo llamó también nulo é inepto, y aseguró que durante la guerra de Reforma, « había pasado el tiempo en no hacer nada. »

No menos duro fué Ignacio Ramírez: « El poder ejecutivo es tan fácil de desempeñarse, dijo, que en las monarquías se concede á las mujeres y á los niños; nosotros lo hemos confiado á un bárbaro de la Mixteca. Lo que es difícil, cuando en una clase domina la ambición, es encontrar patriotismo. ¿Qué cosa puede saber Juárez que no sepan mil, diez mil, cien mil en la nación? En Guerra tiene un ejército costoso y turbulento; en Hacienda despilfarra los dineros y embrolla las cuentas; en Fomento se deja engañar por extranjeros que prometiéndole capitales ingleses, se llevan más allá del Atlántico los de la nación; en Justicia no sabe sino matar sin figura de juicio; en Gobernación ensaya el centralismo; en las relaciones extranjeras compromete con igual facilidad los recursos del erario y vastas regiones de nuestro territorio. No ha sabido ni inventarse una política personal; sigue supersticiosamente las inspiraciones de su contrario. Los insensatos que recomiendan á Juárez como un hombre necesario, no tienen el instinto de que procediendo de ese modo se degradan á sí mismos. Es estimarse muy poco, no ya como republicano, sino siquiera como hombre, el creerse uno incapaz de hacer lo que ha hecho Juárez. » (*Men.* núm. 147).

Y para probarlo, analiza Juan N. Mirafuentes la carrera política de Juárez á partir de 1857, y saca la conclusión siguiente: « No creemos que haya mérito en Juárez en encargarse en aquella situación del mando supremo de la República. La razón es muy sencilla. Al abandonar Comonfort la presidencia, la reacción no se enseñoreó sino de la Capital y de los Estados próximos á ella, permaneciendo la mayor parte de la República con elementos poderosos, fiel á la causa constitucional. Contando con numerosas fuerzas mandadas por intrépidos caudillos y con abundantísimos recursos, ¿qué heroísmo qué sacrificio había en ponerse al frente de la situación con el carácter de primer magistrado de la República sin tener obligación de batirse personalmente, y

el título de Benemérito de la Gramática. *Rejido*, p. 3. *Embarasar*, p. 5. *Los echos*, p. 14. *Impugnemente*, p. 18. *Trésientos*, *extención*, *subreticia*, p. 15. *Explendor*, p. 70. etc.

De otra recopilación, denominada *Discursos y Manifiestos de Benito Juárez*, son estas otras perlas, dignas de ser conservadas como oro en paño: Los representantes del pueblo... tendrán la satisfacción de haber adoptado medidas *precautorias* del mal, y de que sus providencias... las *nivelaron*... *con la voluntad* de sus comitentes. p. 4. *Desopinión*. p. 6. *Operar un beneficio*. p. 13. *Cambiamiento*. p. 177. etc. etc.

disfrutando de un sueldo anual que equivale á la fortuna de una familia? El más egoísta, el más interesado, el menos patriota, ¿no se hubiera resignado á sacrificarse por el país, desempeñando un cargo tan brillante y tan bien remunerado? Es cierto que en Guadalajara estuvo en peligro la existencia de Juárez; pero, ¿qué ambicioso no pondría en riesgo su vida alguna vez por hacerse dueño de un país tan rico como el nuestro? El archiduque Maximiliano era rico, y sin embargo no creyó hacer un sacrificio viniendo á México á ejercer el poder supremo. Juárez era pobre y todo su porvenir dependía de la política. ¿Qué sacrificio hacía, pues, en arriesgar un día de su existencia por conservar el poder que la casualidad había puesto en sus manos? No obstante, Juárez aprovechó la lección de Guadalajara, y en vez de permanecer como debía, en medio de los Estados que luchaban por la Constitución, animándolos con su presencia y gobernando á la república, fué á esconderse cobardemente en Veracruz, plaza entonces inexpugnable, y con una aduana marítima que producía lo menos cinco millones de pesos anuales, abandonando realmente la situación á los caudillos liberales, á los verdaderos héroes de la Reforma que combatían en el interior desesperadamente. » (*Men.* 22 marzo 1871).

Y aun las leyes de Reforma, cuya paternidad y triste gloria se le atribuyen, no las ideó su escaso numen, ni hubiera tenido el valor de promulgarlas, á no haber sido por el temor de caer. « Con excepción de la ley elaborada por D. Miguel Lerdo de Tejada, sobre desamortización de bienes eclesiásticos, todas las demás fueron hechas por Ocampo. Discutiéronse poco, y se promulgaron casi como salieron de manos de su autor... Así pues, puede asegurarse que en la obra de la Reforma, el benemérito D. Melchor Ocampo fué quien tomó la parte mayor y más esencial; » (Juan de Dios Arias) y que Juárez no hizo más que publicar esas leyes después de mucha « resistencia, » y sólo « para no caer. » (*Ign. Ramírez*).

En los diez años de su administración, decía en 1867 *El Correo de México*, Juárez ha mostrado una debilidad de carácter tal que lo ha hecho mil veces inconsecuente consigo mismo, otras tantas torpe y casi siempre instrumento de otros. Examínese su administración y se verá que si en la guerra de Reforma fué tan tenaz y tan fiel, se debe en gran parte ésto á que tenía á su lado ministros sensatos al par que demócratas entusiastas y llenos de fe. No creemos que Degollado, Ruiz y aun Prieto, cuyo carácter ligero tantas veces ha estado expuesto á la censura, le hayan aconsejado alguna vez que cediese ante la usurpación del faccioso Zuloaga y ante la fortuna de dos calaveras audaces. Al contrario, la Historia dice que estos consejeros le alentaban en las horas de desgracia y le decidían en los momentos de prueba. Después, vino á su lado Ocampo., vino Miguel Lerdo., y en Veracruz estuvo rodeado siempre de liberales resueltos, á cuya cabeza se hallaban el ilustre Gutiérrez Zamora y Llave; éste, defensor eterno de las libertades, y aquél cuya influencia nunca será bastante comprendida, y cuyo valor hizo de Veracruz el baluarte del partido constitucional; y Juárez con estos consejeros á su lado, ¿ cómo era posible que no mantuviese firme la bandera de la legalidad? Así es que el presidente se mantuvo á la altura de

sus deberes y recogió después la gloria de que también debían participar justamente los que fueron capaces de inspirarle tal constancia. Si se nos dice que él, teniendo el poder supremo pudo, sin hacer caso de aquel círculo, arriar la bandera de la Constitución y desertar, nosotros con datos incontables podemos replicar : No. Si Juárez hubiera hecho ésto, por más presidente que hubiese sido, habría tenido el disgusto de verse maniotado por Gutiérrez Zamora, y habría pagado su traición en el cadalso. Allí estaba bajo la celosa vigilancia de hombres que podían más que él... Lerdo vino después con sus proyectos de reforma, los comunicó al presidente y á sus consejeros, los desarrolló, demostró que eran buenos, probó que ellos apresurarían el triunfo del partido liberal; los consejeros aprobaron con entusiasmo, y Juárez entonces consintió en poner su firma al pié de esos proyectos atrevidos y progresistas, convertidos ya en ley... Así es que Juárez habló con Lerdo el lenguaje de la Reforma, como había hablado con Ocampo, Zamora y Llave el lenguaje de la Constitución. El señor Juárez vino á México después del triunfo de Calpulalpam y organizó un nuevo gabinete. Zarco lo formó; entraron en él Ramírez, Prieto y Ortega. Ramírez mandó destruir los conventos de frailes y de monjas. Si un Ramírez no hubiese venido al lado del señor Juárez, los conventos habrían vuelto á llenarse en el tiempo de la invasión y del Imperio. Con este gabinete en que Zarco, Prieto y Ramírez elevaban la Reforma del estado de rudimento al estado de completo desarrollo, el señor Juárez se vió obligado á hablar el lenguaje más resuelto aun de la juventud y de la audacia. Este gabinete cayó. Siguiéron otros. Durante uno de éstos, en plena cámara de diputados, un ministro hizo la confesión de que el señor Juárez carecía absolutamente de iniciativa, circunstancia que confirma más y más lo que venimos refiriendo, y que quiere decir que el señor Juárez no se decide sino por el dictamen de sus consejeros. 'A pocos días había otro gabinete... Poco tardó en cambiarse ese ministerio, y D. Manuel Doblado presidió el nuevo. Por esos días llegaron los aliados, y el ministro fué á negociar con los representantes de las potencias resultando los tratados preliminares de la Soledad. Doblado creyó que era indispensable para llevar á cabo una solución pacífica, derogar aquella ley de suspensión de pagos, y el señor Juárez que había protestado sostenerla á costa de cualquier sacrificio, para no humillar la dignidad nacional ante la insolencia de Saligny y las exigencias del inglés y del español, propuso la derogación de la ley, que también fué votada... Doblado se encolerizó contra tres diputados. Las cóleras de Doblado que no era muy sincero constitucionalista, atropellaban por todo. Los aprehendió y redujo á prisión. El señor Juárez vió este atentado impasible, y nada dijo á su ministro á quien debió haber echado, si realmente era, como decía, rigorista observador de los principios. El señor Juárez se resignó á este papel triste y humillante de testaferrero, y sólo hablaba el lenguaje que convenía á su ministro... Lerdo entró en el ministerio... Lerdo forma la convocatoria; Juárez la firma, sostiene en su manifiesto á sus consejeros contra la opinión pública, y acaba por hablar con Lerdo el lenguaje del retroceso y de la ilegalidad. Después de estos hechos que hemos fotografiado, ¿ habrá quien diga que este magistrado es independiente? »

(8 sept. 1867) « Lerdo ejerció sobre Juárez durante largo tiempo una influencia absoluta... Él era quien le escribía sus discursos y le redactó la convocatoria. » (*Cos* t. 20 p. 129. t. 19. p. 85.)

« Los mismos partidarios de Juárez nos dicen que la mano de Lerdo es la única responsable de todos los desaciertos, de todos los crímenes que se han estado cometiendo. ¿ Qué especie, pues, de talento es ésto que lo han manejado Lerdo, Doblado, Zarco y después D. Sebastián ? » (*Men.* 25 febr. 1871)

Derrotado Miramón en Calpulalpam, Juárez salió de Veracruz rumbo á la Capital. « Entonces, dice Manuel Márquez de León, fué cuando principió una serie de torpezas, desatinos y bribonadas de que me ocuparé más adelante. » Por fortuna, « la Intervención francesa vino á salvar á Juárez de la caída deshonrosa que le hubiera hecho sufrir la oposición. El partido del pueblo vió la patria en peligro, rodeó á Juárez y le inspiró el aliento necesario para afrontar la situación. Juárez viéndose apoyado por el espíritu nacional, sin peligro para su persona, y con abundantes recursos, se resignó á desempeñar el papel de héroe, teniendo en perspectiva gloria brillante y oro en abundancia, y todo sin arriesgar ni un cabello. » (Juan N. Mirafuentes en *Men.* 22 marzo 1871)

Cuando la Intervención, « Juárez, dice Ignacio Ramírez, comenzó por tratar con los enemigos; puso á Zaragoza en lucha con los Franceses y con las órdenes suspicaces de Doblado; no mandó un buen ejército de observación sobre Forey; abandonó la Capital antes de tiempo; disolvió 14,000 hombres en Querétaro; desorganizó otras fuerzas; introdujo la guerra civil en muchos Estados; se aseguró de no despreciables cantidades, y aprovechó el tiempo para darnos la convocatoria. Otros fueron los que lucharon. » (*Men.* n. 147.)

« El señor Juárez, escribe Márquez de León, emprendió una larga romería por todo el país, para ir alejando del país su relicario santo, su arca de alianza, su sagrado tabernáculo y su presidencia, por los caminos más cómodos; y obsequiado con banquetes en las principales ciudades, fué llevando hasta más allá de la línea divisoria las santas reliquias. » « Ante el Imperio, Juárez había sostenido la bandera de la república más bien como edificio ambulante que como luchador audaz, destructor y eminentemente peligroso... Juárez empuñaba con dignidad la bandera nacional en una oficina, pero estaba mejor empuñada por los que la sostenían en los campos de batalla. » (*Ver.* p. 840, 847)

« Si bien es cierto que el gobierno de Juárez no se puso del lado de la Intervención, tampoco supo combatirla ni opuso á los invasores más que su fuerza de inercia... Pero aun suponiendo, sin conceder, que el gobierno de Juárez hubiese hecho una guerra gloriosa á los franceses y destruido el trono de Maximiliano, el odio con que trata á los defensores de la nacionalidad de México, sus contemporizaciones con el yanqui, y su conducta posterior á la restauración de la república, manifiestan que si el actual Ejecutivo estuvo de parte de los que combatían al invasor, era porque defendía su persona, su silla, sus sueldos, sus viáticos y sus altos honores. » (*Fer.* 15 febr. 1872)

« El gobierno en este conflicto, escribe Altamirano, dejando al pueblo que se defendiera, y á Dios ó al destino que hiciese las cosas, se retiró á Chihuahua; y cuando llegó allá Brincourt, hasta Paso del Norte; es decir que puso un pié en los dinteles del extranjero para salvarlos si el francés hubiese andado diez leguas más de desierto en persecución del grupo fugitivo. ¿ 'A ésto se llama luchar con firmeza y resolución, con habilidad y energía? Para llevar tan grandes trabajos guerreros, no sólo el señor Juárez, sino el más oscuro y espantadizo letrado habría hecho lo mismo. Nos viene á este propósito el recuerdo de la indiferencia con que vimos tratar en San Luis á Corona; nos viene el recuerdo del desdén con que se concedió un mando á Riva Palacio, en quien se veía al poeta y al dandy, pero de ningún modo al digno nieto del rudo insurgente del sur. Y bien, desde que el señor Juárez dejó de tener influencia en los sucesos de la guerra; desde que sus ministros no tuvieron más que contar cuentos ó entretenerse con las crédulas y pueriles narraciones de Romero, el ministro acreditado en Washington, el país presentó una singular animación. Los caudillos aparecían dondequiera; los batallones se improvisaban; las batallas se sucedían y el invasor encontró entonces lo que no había encontrado antes, algo que le recordaba con terror el entusiasmo de la guerra santa de 'Africa; no era el genio de Juárez que se retiraba, era el genio del pueblo que se defendía. El pueblo, sí, el pueblo mexicano, no un hombre, fué el salvador de la independencia. ¡ Mengua á aquéllos que, idólatras de un hombre, rebajan la valía de su patria! ¡ Mengua á aquéllos que porque ven á un magistrado conducido en hombros del pueblo, creen que es superior al pueblo!... En toda esta guerra triunfal, el gobierno no tiene más gloria que la de haber recibido los partes gloriosos de los jefes, y de haberlos contestado secamente. » (*El Correo de México*, 23 sept. 1867) « 'A ese gobierno desleal, despótico y parricida, dice Porfirio Díaz, nada debió la patria en el triunfo de su santa causa. » (*Proclama expedida en Huajapán*)

« ¡ Juárez salvador de la república! Lo único que procuraba siempre D. Benito, era poner á salvo su persona. Redimieron á la república la inteligencia de los generales y la buena voluntad del pueblo. ¿ Y cómo ha sido recompensado éste? Sumergiéndolo en la miseria para contentar la avaricia de especuladores que, en los días del peligro, ó estuvieron viviendo voluntariamente en el extranjero, ó se acogieron bajo la bandera de los invasores... Al pueblo no le ha cabido más recompensa que ser tomado de leva para convertirlo en defensor del tiránico gobierno personal. » (*Fer.* junio 1872).

Las únicas pruebas de energía y virilidad de que dió muestra Juárez, fué cuando se vió enfrentado por algún pretendiente á la silla presidencial. « En llegándose al punto capital para él de defender el poder contra cualquiera clase de personas, dice Paz, se volvía intransigente, se cubría los ojos con una venda espesa, y entonces eran nada para él los mayores atropellos y los mayores escándalos, Si era necesario el dinero, mandaba que se sacara de las cajas públicas; si algunos enemigos se le presentaban al paso, los mandaba matar; si se necesitaba pasar por encima de la Constitución, la ponía en suspenso; si era necesario chocar con sus más íntimos amigos, los hacía

á un lado; en suma no se detenía en medios cuando trataba de vencer las dificultades. Para sostenerse en el poder por medio del terror, ordenó las hecatombes de Tamaulipas, de Sinaloa, de Jalisco, de Tampico, de Puebla y de Yucatán. Más tarde se verificó la horrible matanza de la Ciudadela. » (t. 3. p. 41).

Juárez nunca perdonó á Degollado, ni en vida ni en muerte, el que éste, convencido de que « no se alcanzaría la pacificación por la sola fuerza de las armas, » hubiera pedido, el 21 de sept., de 1860, la mediación amistosa del Encargado de Negocios de Inglaterra, comprometiéndose á proponer á su gobierno un plan de pacificación en el cual se eliminaba la personalidad de Juárez como obstáculo para que el partido conservador depusiera las armas.

Emborrachándose de cólera ante la perspectiva de verse privado de su presidencia, Juárez insultó, humilló y destituyó á Degollado del gobierno de Michoacán; y él que había celebrado el oprobioso tratado Mac Lane, y llamado á los norteamericanos para matar á ciudadanos mexicanos en Antón Lizardo, reprochó á Degollado « su incalificable defeción, » y lo acusó de proponer sacrificar las libertades públicas y la soberanía nacional, cuando lo propuesto por Degollado era tan sólo el sacrificio de la estorbante presidencia de Juárez. Desde entonces, y especialmente en 1861, Degollado fué lastimado profundamente por los ataques que le dirigía la prensa de Michoacán donde gobernaba Huerta, y en la que veía Degollado la política rencorosa de Juárez quien se gozaba en desacreditar á un poderoso competidor, en pago de los favores que de él había recibido. « ¿Cómo es, decía el mal ferido Degollado, que el Exmo. Sr. Presidente permanece espectador frío de tantos vituperios contra el que fué su más fiel defensor, el que impidió que en el Interior se le olvidase y se le desconociese? » (Sig. supl. 30 abr. 1861).

Aun después de muerto Degollado, no murió el odio que le profesaba Juárez. Quiso el Congreso rehabilitar su memoria, y se opuso á ello, aunque inútilmente, un ministro de Juárez. El Congreso lo declaró por aclamación Benemérito de la Patria; y Juárez esperó dos meses enteros antes de publicar el decreto respectivo.

« Durante la Intervención, Juárez, receloso como siempre de que se levantara un héroe que lo arrojara de la presidencia, cometió el error intencional de no dar el mando de todas las fuerzas á un solo general... Juárez, hábilmente aconsejado por los hombres eminentes que componían su gabinete, consiguió destruir toda personificación militar, única que podía ser legítima en una lucha que no pudo tener más que caudillos de espada. Juárez y su partido, consistente casi todo en la burocracia, intentó más, y fué absorber en su persona, la personificación que debió tener la lucha. » (Ver. p. 284, 843).

Así es como « Juárez, á su interés personal posponía el de la patria; y con tal de que no se le hiciera sombra, separó de su lado á Doblado, el ciudadano de mayor genio con que contaba México, » (Márq.) y encumbró indebidamente á un serio competidor suyo, el General González Ortega, para que con su caída casi segura, perdiese su prestigio y á la vez sus partidarios. « En cualquier país del mundo, aun en los bárbaros, dice Bulnes, no se escoge

para grandes operaciones de guerra al jefe que ridículamente ha fracasado, mostrando con escándalo su inmensurable ineptitud... En los países civilizados, el General González Ortega, después del Borrego, hubiera pasado á un consejo de guerra á recibir la sentencia merecida por su incalificable impericia. Pero Juárez dispuso las cosas de otro modo; después del Borrego confió el mando supremo á González Ortega. Esta grave falta corresponde á la responsabilidad personal de Juárez. » (Ver. p. 160).

Cuando fué á Puebla con el objeto de repartir medallas á los soldados que tomaron parte en la batalla del 5 de Mayo, citó al General Díaz y al General Manuel Márquez de León para conferenciar con ellos. « A fin de probarle que González Ortega no era un jefe capaz que mereciera mandar el ejército, dice Márquez de León, principié á referir sus antecedentes militares; pero Juárez me interrumpió bruscamente en estos términos : « Ya sé que me va ud á decir que es un pendejo; demasiadô lo conozco; pero la nación ha dado en tenerlo por hombre grande, y lo coloco aquí para que se ponga en evidencia. » La indignación que tanta mezquindad produjo en mi ánimo, fué causa de que no pudiera reprimir un arranque de imprudencia, y le contesté : « Entonces, ud por deshacerse de un rival, sacrifica el ejército y acaso la república entera. » Él me replicó en tono irritado : « ¿Y para qué sirven ustedes? Ningún hombre es necesario; las ideas son las que valen únicamente. » El General Díaz me dijo entonces que debíamos estar tranquilos confiando en el acierto del señor presidente; y después de un rato de conversación nos despedimos, pero ya con el convencimiento de que para aquel hombre no había más patria ni más gloria que su ambición al poder. »

En la sesión de 17 de noviembre de 1871 con razón dijo el diputado Alcalde : « Hoy no es la Constitución la que el Gobierno defiende, puesto que el Gobierno es quien la viola; lo que se defiende es el sillón presidencial. No se quieren imitar los rasgos de hombres dignos que en otras épocas, ante la idea del sacrificio de sus conciudadanos procuraron ser los que no los sacrificaran. En 1823, el libertador Iturbide abdicó en Tacubaya sus derechos al trono imperial, y ésto cuando sólo en una parte del país se había alzado la revolución y algunos representantes opinaban que su permanencia en el poder era perjudicial al Estado. En 1831 el General Guerrero, al trasladarlo de Oaxaca á Cuilápam para ser ejecutado, tuvo la oportunidad de salvarse, favorecido por el jefe de la escolta y por su confesor. El General Guerrero contestó : « Si por mi salvación se sigue derramando la sangre de mis compatriotas, evitemos que corra, y que se derrame la mía. » En 1851 Arista fué nombrado presidente, y en 1853, sobre esta misma mesa vino á colocar su acta de renuncia, no queriendo que cuando el pueblo lo rechazaba, sirviera de pretexto su individuo para la prolongación de la guerra civil. Santa Anna en 1855, teniendo un ejército de 40,000 hombres, comprendió que la opinión lo rechazaba, y no queriendo que por su causa personal se derramara más sangre prefirió ausentarse del país. Cierto es que esos individuos amaban menos que Juárez la presidencia, y lo que se hizo en 823, en 831 y 855 no lo veremos hacer en 1871. Ante la idea de conservarse en el poder el actual

presidente de la República, no vacila en sacrificar la independencia y dignidad de la patria. »

Ni fueron éstas las únicas veces en que, por temor de perder su adorada presidencia, pusiera en peligro Juárez la causa que pretendía defender. « En los primeros días de junio, dice Márquez de León, llegó á Guadalajara el Licenciado Rfo con el encargo de D. Manuel Doblado para decirme que alistara en Jalisco 10,000 hombres lo más pronto posible, y que él daría otros tantos para que, con un ejército de 20,000 hombres hiciera frente á los invasores; que él se obligaba á que no me faltaran recursos. Acogimos con el mayor interés aquel patriótico proyecto, y en muy pocos días ya teníamos aquella fuerza, sin contar con los cuerpos de Rojas que hacían un total de 4,500. Muy pronto habríamos estado en marcha, pero D. Plácido Vega, que por su notoria cobardía no estaba bien en el país en días de tanto peligro, quería dinero para salir de él, y conociendo el lado flaco de D. Benito, le hizo creer que con aquella fuerza íbamos á deponerlo de la presidencia, y á colocar á Doblado en su lugar. Alarmado el hombre, sin más averiguación ordenó que Doblado le entregara al General Antillón, y yo al General Arteaga. Recibí la orden junto con una esquelita del General Doblado, que decía : « Estoy entregando al General Antillón : va orden para que ud entregue al general Arteaga. No resista; deje que se pierda la situación bajo la responsabilidad de estos señores : más honroso será para nosotros levantarla después. » Esta vez el benemérito de las Américas, por un temor infundado de perder su idolatrada presidencia, inutilizó para la patria 20,000 hombres con que pudo haberse terminado muy pronto la guerra. D. Plácido Vega logró su objeto; obtuvo órdenes para que le diera fondos la aduana marítima de Mazatlán, y autorización para ir á comprar armamento á San Francisco, donde se estuvo tres años despilfarrando más de \$ 300,000 sin haber mandado al país, en todo ese tiempo, un solo fusil... La habilidad desplegada por Doblado en las conferencias de la Soledad, y el gran prestigio de que merecidamente gozaba, habían excitado los celos de Juárez, lo que no se podía ocultar á la penetración de aquel hombre; y comprendiendo que se le quería nulificar, habló así al presidente : « Estoy siendo responsable ante el mundo entero de las operaciones del gabinete : todos creen que yo las dirijo; y como nada se hace de lo que deseo, suplico á ud se sirva admitir mi dimisión. » Juárez le contestó que su separación repentina se tomaría por un disgusto, y que ésto produciría algún desaliento en la nación. Le propuso entonces que le diera otro cargo honroso, y fué nombrado general en jefe del ejército del Centro. »

Hasta los mismos panegiristas de Juárez reconocen que su héroe tenía la debilidad de creerse el único hombre capaz de desempeñar la primera magistratura. « Juárez, escribe Cosmes, profesaba el principio de que no hay en política ni en administración hombres necesarios, y que cualquier individuo es bueno para todo. Y sin embargo, él mismo contradecía tal teoría juzgándose el único hombre capaz de ejercer el poder supremo... Durante su presidencia se le vió constantemente gastar y reducir á la nulidad á hombres de verdadero mérito y que hubieran podido prestar verdaderos servicios á la

patria, únicamente por considerarlos rivales temibles en la cuestión del mando supremo. » (t. 19. p. 320. t. 20. p. 129).

Como sus rivales se hallaban entre los generales que se habían señalado en la última guerra, « Juárez hizo que se entibiara el patriotismo de los mexicanos, y que se viera la carrera militar como un oprobio; cuando lejos de premiar los servicios y acordar recompensas para los que pelearon en favor de la patria, los sumió en la miseria, dejándolos sin auxilio ninguno á centenas de leguas de su suelo natal. » (*Paz*. t. 3. p. 11).

« Juárez más implacable en sus rencores personales que en sus odios políticos, desplegó una hostilidad manifiesta contra los liberales que habían apoyado la candidatura del General Díaz ó se habían presentado como opositoristas á su administración. A los pocos días de haber entrado á funcionar como presidente, ya había producido numerosos descontentos en el seno mismo del partido republicano, y aun entre los pocos patriotas que habían sido fieles á la causa de la independencia. La prensa ministerial deprimió constantemente á estos proscritos de la gracia presidencial, empeñándose en atribuir toda la gloria de la defensa republicana al presidente, con mengua de los méritos de los demás, » (I. M. Altamirano. *Almanaque Histórico de Manuel Caballero* para 1884 y 1885).

« Juárez fomentaba la disensión no sólo con su conducta, sino con sus mismas palabras. Se citaba como una frase predilecta suya, y que indicaba claramente cual habría de ser siempre su política, la siguiente, verdaderamente indigna de salir de los labios de un hombre de Estado : « Para los amigos justicia y favor; para los enemigos sólo justicia, si es posible concedérsela. » (*Cos*. t. 21. p. 35)

« En lugar de proceder con entereza, Juárez se valía de ardidés y subterfugios, de verdaderas chicanas para eludir los preceptos legales, aparentando hipócritamente respeto y sumisión á ellos. Y esta hipocresía indignaba profundamente la opinión. Se perdona y se admira al hombre de Estado valiente que con toda entereza asume las graves responsabilidades de la dictadura; más no se perdona nunca al gobernante que, protestando públicamente respeto á la ley, la viola á cada paso por medio de manejos torpes... Querer llamar hombre de Estado al que para conservarse en el poder, una vez que se ve en él, usa de medios reprobados, corrompiendo á todos aquéllos que deben servirle de instrumentos para lograr objetos privados y no de bien común, es un sarcasmo, y por desgracia para todos los países, una plaga, un azote que los arruina, aniquila y empobrece, cegando todas las fuentes de la riqueza pública. » (*Cos*. t. 20. p. 743, 580).

En fin, para resumir todo lo expuesto en este capítulo acerca de las dotes que adornaban al idolillo zapoteca, reproduciremos lo que de él dijo un liberal quien nos dejó en estas cuatro palabras su negra semblanza : « ¿ Dónde están los títulos que acreditan la grandeza de Juárez? La escasez de vergüenza y patriotismo es la única herencia que nos ha dejado... En aquel hombre sólo había pequeñez. » (*Márq*)